

¿Qué es la teoría del derrumbe del capitalismo? (Y cómo son las cosas)

Pablo Rieznik

Instituto de Investigaciones Gino Germani - Universidad de Buenos Aires

rieznik@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo desenvuelve una crítica a los planteos del italiano Lucio Colletti, editor de un reconocido libro dedicado al problema del marxismo y la cuestión del “derrumbe” del capitalismo. En dicha compilación, Colletti escribió una extensa introducción donde desarrolló sus puntos de vista al respecto. Este artículo no solo desarrolla un análisis crítico de los posicionamientos de este teórico italiano, sino que también retorna a consideraciones sobre el “catastrofismo” en el pensamiento revolucionario, un tema que provocó un importante debate en los últimos años.

Hace ya más de un cuarto de siglo, la colección Pasado y Presente, dirigida por José Aricó, publicó en español el libro de Lucio Colletti, *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*.¹ El autor presentó su obra como una “antología sistemática de textos de Marx, Bernstein, Cunow, Schmidt, Kautsky, Tugan-Buranovski, Lenin, Hilferding, Bauer, Luxemburg, Bujarin y Grossmann”. La filiación marxista de todos ellos no era naturalmente una casualidad ni mucho menos una selección unilateral. Como plantea Colletti en su larga y medulosa introducción, “sin Marx y sin el movimiento práctico e ideal que se adscribió a sus principios, no sólo no habría surgido nunca una discusión sobre el destino del capitalismo, sino que —quizás— ni siquiera habría surgido nunca la conciencia de que esta sociedad es el capitalismo y el sistema capitalista está destinado a terminar”.

Las dos afirmaciones de Colletti se encuentran necesariamente implicadas. Si la especificidad del modo de producción capitalista queda disuelta en una generalización sobre el carácter eterno de los medios de producción desde que el hombre es hombre y en consecuencia la herramienta más primitiva pudiera ser considerada como un “capital”; si así fuera, la reflexión sobre el origen y el límite histórico del capital carecería de todo sentido. Simplemente no habría historia porque el capital habría existido siempre. Como el hombre es un “tool-making” animal (hacedor de herramientas), la especificidad de su especie se confundiría con el propio capital (habiendo confundido previamente a éste último con cualquier... herramienta). Vale la pena detenerse brevemente en este punto de partida.

Clásicos y neoclásicos, capital y trabajo

Este operativo de “ahistorización” de la sociedad capitalista y la tentativa de dotar a las categorías propias de la economía capitalista de un “valor universal”, fue la marca propia de lo que se conoce como economía “neoclásica”. Fue con los llamados “neoclásicos”, sobre el final del siglo XIX, que la economía dejó de ser la disciplina que indagaba el metabolismo social de la producción moderna. Por eso mismo el nombre original de la disciplina era el de economía “política” (admitiendo que el concepto original de “polis” remite a la “ciudad” como sinónimo de la sociedad de los hombres en un sentido más general). La “economía” — así, a secas, sin aditamento— no sólo perdió su dimensión histórica al decretar el carácter eterno del capital. También su naturaleza social, negando tal atributo a la disciplina una vez que lo negó para el objeto de su indagación. Se convirtió así en una suerte de estudio de la técnica de la práctica eficaz abstractamente definida: el mejor resultado posible en el vínculo entre recursos escasos y objetivos múltiples, concebidos unos y otro al margen de la historia y de la sociedad. Tiene razón Colletti, por lo tanto, en que en tal “economía” el tema relativo al futuro del capital y su raíz histórica carecía completamente de sentido.

Vale la pena una aclaración adicional. La denominación de “neoclásica” para esta economía da lugar a un equívoco porque se la presenta de ese modo como renovada versión de su variante “clásica”, la que se identifica con los planteos de los grandes economistas de finales del siglo XVIII y principios del siguiente: Adam Smith y David Ricardo. Para estos últimos el centro de su análisis estaba consagrado a la comprensión de la naturaleza del trabajo humano y, en particular, su rol como regulador de las formas específicas de la producción en nuestra época. Con la identificación del trabajo con el desarrollo del hombre y de su medio material, la “economía política” dio un giro copernicano con relación a las representaciones propias del trabajo en la historia previa,

que consideraban al trabajo y al trabajador como propios de un mundo infrahumano o minusválido, propio de esclavos o siervos. El alcance revolucionario del descubrimiento de la potencia del trabajo humano y de las contradicciones de su explotación por el capital adquirirá su estatura más completa con la “crítica de la economía política”. La referencia es pertinente para indicar que con los “neoclásicos” este problema fundacional de la economía, relativo al trabajo humano, simplemente desapareció. Más que una renovación de la disciplina, la “neoclásica” representa una “contrarrevolución”, según la definición de un economista inglés del siglo pasado, Maurice Dobb.

La referencia es pertinente, además, porque se vincula también al tema central que nos ocupa sobre el carácter, significado y límite del capitalismo, y tiene en este texto un valor heurístico. La consideración sobre el papel decisivo del trabajo como centro de la producción y reproducción de la vida humana y sus “riquezas”, formulada en los albores del capitalismo pero por sobre todo del movimiento obrero que con él nació, se transformó en “subversiva” cuando los sujetos del trabajo se integraron en grandes organizaciones colectivas. Cuando se reconocieron no solo como trabajadores sino como proletarios, o sea, no solo como productores, sino productores despojados de su producto (contando apenas con su prole) o al menos como marginados de esa riqueza que ellos mismos creaban. El mundo del conocimiento oficial dejó entonces que la economía, disciplina ahora de un solo signo, abandonara su preocupación propia como disciplina social y se convirtiera en una mera “praxeología”, en el estudio de la supuesta eficiencia de la acción, conforme la definición de Oscar Lange, una disciplina “universal” para un mundo de los hombres sin historia.

Es necesario agregar en este punto que la economía política clásica concebía la historia como parte de su campo de estudio aunque en un sentido teleológico, es decir, destinada a consumarse en el presente en una suerte de estadio definitivo al cual habría arribado la humanidad. De ahí que la forma social actual de la manera de producir de los hombres en nuestra era (capitalismo) constituía el fin de la historia, una suerte de estación terminal que encontraba en el mercado, el valor y sus leyes, el despliegue último de la naturaleza misma del hombre y de los vínculos entre los seres humanos que a ella correspondía. En una nota a pie de página del primer capítulo de *El Capital*, que en realidad era una cita de un texto previo (*Miseria de la filosofía*) Marx sintetizó así la cuestión:

... los economistas tienen una singular manera de proceder. No hay para ellos más que dos tipos de instituciones: las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales. Se parecen en esto a los teólogos, que distinguen también entre dos clases de religiones. Toda religión que no sea la suya es invención de los hombres, mientras que la suya propia es, en cambio, emanación de Dios... Henos aquí, entonces, con que hubo historia, pero ahora ya no la hay (Marx, 1999 [1867]: 46).

La certeza como dualidad y el Marx juvenil

El reconocimiento de Colletti a la condición única del marxismo para abordar la cuestión del agotamiento del capitalismo se ve, sin embargo, opacada cuando admite que antes de Marx y como el propio autor de *El Capital* lo señalara, Sismondi, por un lado, y también Smith y Ricardo, por el suyo, especularon sobre el carácter histórico del capitalismo o sospecharon que su destino no podía eludir una decadencia posiblemente insuperable. Es entonces que Colletti agrega que la novedad del marxismo no consistió

en haber postulado el fin del capitalismo sino más bien en haber expuesto este fin en los términos de un paso histórico a una nueva forma de organización de la sociedad: “el elemento realmente nuevo es éste”. Con este planteo, Colletti introduce por su cuenta una dosis de linealidad ausente en el análisis marxista. El planteo de Marx no excluye lo que podemos denominar el “optimismo histórico” sobre las posibilidades de la humanidad de superarse a sí misma pero admite asimismo la eventualidad de un retroceso civilizatorio en el caso en que el fin del capitalismo no implique el “paso” al cual hace alusión Colletti. “Socialismo o barbarie” fue la alternativa (no lineal) que sintetizara Rosa Luxemburgo hace ahora en un siglo.

La historia no tiene sentido único y ya en el *Manifiesto Comunista*, mucho antes de encarar el trabajo que remataría con *El Capital*, Marx había escrito que si “toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases... (esa) lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, (es) una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes (sic)”. La cita es doblemente significativa para esclarecer nuestro punto de vista. En primer lugar porque revela que la “teoría del derrumbe” del capitalismo no remite apenas a *El Capital* y a la “crítica de la economía política” sino que la precede y, más aún, hasta es posible afirmar que la condiciona. En segundo lugar, porque tal derrumbe no admite un pronóstico unidireccional. Así, puede decirse inclusive que la mentada “teoría del derrumbe” está implícita, en los términos del propio Marx, en el “hilo conductor” de sus estudios y que puede “resumirse así”, según escribió en uno de sus textos más citados desde siempre, el “Prólogo” de la *Contribución a la crítica de la economía política*:

En la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social (Marx, 1997 [1859]).

En definitiva, la tendencia al colapso de la sociedad capitalista no es en modo alguno un resultado novedoso de la investigaciones del Marx “maduro” y únicamente asociada al descubrimiento de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Ya abundaremos al respecto. Señalemos desde ya que la cuestión del derrumbe es, al revés, algo fundante del “primer” Marx, un aspecto del descubrimiento “original” del marxismo, de su “ajuste de cuentas” con la “ideología alemana” en la cual se formó (para decirlo con las palabras del propio Marx y del título de su trabajo primigenio con Engels). Descubrimiento o punto de partida de lo que podemos llamar la ley más general de movimiento de la historia humana (y de las clases sociales antagónicas que le dan su

forma particular).

“Derrumbistas” revolucionarios y... no revolucionarios

La aproximación que aquí desarrollamos sobre la cuestión del derrumbe del capitalismo echa luz sobre otra limitación que nos parece clave en el abordaje de Colletti en la introducción a la antología de textos que presenta en su libro. Tal limitación remite al siguiente procedimiento de Colletti con relación a los autores de los textos que reúne en su obra: los divide entre partidarios y no partidarios de identificar a Marx con una teoría del derrumbe capitalista y en seguida muestra que en uno y otro grupo se puede encontrar revolucionarios y enemigos de la revolución. Por ejemplo, Rosa Luxemburgo y Eduard Bernstein coincidirían en que el marxismo es indisociable de un planteo sobre el colapso del capital (por lo cual el segundo propuso que fuera “revisado”). Otro caso: el socialista de derecha Heinrich Cunow interpretaba que el planteo “derrumbista” de Marx conducía a esperar pasivamente el final del capital y por eso mismo Lenin, conforme la clasificación de Colletti, debería ser anotado entre quienes se oponían a admitir una teoría del colapso capitalista. Una variante del mismo asunto: tanto Rudolf Hilferding como Nicolai Bujarin reconocían en Marx una formulación del derrumbe capitalista, siendo el primero un revisionista y el segundo un bolchevique.

Esta particular taxonomía de Colletti es más que limitada, porque introduce en este problema una importante confusión y a modo de prejuicio en su propio texto. Es decir, antes de abordar la cuestión de si el marxismo y la teoría del derrumbe constituyen algo así como un par inseparable, se hace entrar por la ventana una especie de conclusión prematura (y falsa). Colletti nos adelanta así que la respuesta positiva o negativa al problema de si el capitalismo marcha hacia su colapso no constituiría un elemento fundacional y clave de la concepción materialista de la historia y, por supuesto, de la conducta práctica frente al capital. Colletti desmerece de este modo el debate teórico que pretende divulgar con su antología y, sobre todo, nos presenta un ángulo deliberado de eclecticismo y confusión. Esto porque la reivindicación del marxismo sería compatible con postular la teoría sobre el inevitable colapso del capital o... con su negación.

Aunque Colletti tiende así a disminuir el alcance de la discusión, no deja de abordar el interrogante sin el cual su propia antología carecería de sentido. ¿Existe o no en Marx —se pregunta— una teoría del derrumbe? Enseguida veremos el tenor de su respuesta. Pero importa subrayar que la presentación del tema que aquí llamamos prejuiciosa (en un sentido literal como juicio previo a la consideración del punto que está en cuestión) condiciona o limita el alcance de esa misma respuesta. Porque en ningún caso estaría en cuestión algo esencial al planteamiento marxiano y al rigor del “socialismo científico”, según la conocida sentencia de Engels. Para acomodarse a este planteo la respuesta de nuestro autor al interrogante sobre si el marxismo supone una teoría del colapso es dubitativa, se diría que medrosa, ambigua e inconsistente. Y aunque parezca absurdo tal respuesta es “sí”: hay en Marx una teoría del colapso...Y también todo lo contrario. Veamos el intrínquilis.

TDTG

Según el autor italiano sí hay una teoría del derrumbe en el análisis de Marx en una parte de su obra y es la que se deriva de la explicación de Marx, en el III tomo de *El Capital*, sobre la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (TDTG). Plantea allí lo que

denomina una conclusión muy simple y “sencilla” (textual) luego de todo el desarrollo de su investigación sobre el mundo de las mercancías, el valor, el trabajo, la acumulación y reproducción del capital. Una conclusión muy simple que parte de la formulación igualmente sencilla y elemental de la ley del valor, según la cual las mercancías tienden a intercambiarse en una proporción que se explica por el tiempo de trabajo involucrado en su producción.

El capital, conforme el desarrollo de la misma ley del valor, obtiene su lucro o ganancia de la diferencia entre el valor producido por sus trabajadores (el tiempo de trabajo que agregan el producto en el cual participan con su labor) y el valor de sus salarios. Estos últimos se corresponden con el tiempo de producción de las mercancías que el obrero consume, que es menor que el tiempo que los obreros consagran a trabajar para el capital. La aplicación restante del capitalista a insumos, medios de trabajo, materia prima, etc., transmite su valor sin aditamentos al “bien” final que resulta de su utilización en el proceso productivo. En consecuencia, aunque el capitalista mide su ganancia o lucro con relación a la totalidad del capital aplicado, este capital consta de dos partes sustancialmente diferentes: la que se denomina capital variable (V) y la que se denomina capital constante (C); siendo que apenas la primera resulta en la producción de un “plus” de valor o plusvalía, de la cual se apropia el propietario de los medios de producción como... ganancia o lucro.

En la evolución histórica del capital y como resultado de la competencia entre los capitalistas, crece proporcionalmente más el capital constante que el variable o, lo que significa lo mismo, avanza la productividad del trabajo, lo que, como dicen los “manuales” de la economía vulgar, explica que la industria sea más “capital intensiva”. Dicho de otro modo: la parte del capital que constituye la “gallina de los huevos de oro” para sus propietarios tiene a disminuir como proporción de la totalidad del capital. De tal manera que la ganancia, medida respecto a una unidad cualquiera de capital, tiende con el tiempo a... disminuir. El razonamiento es efectivamente “sencillo”.

Marx calificó a la TDTG como la ley fundamental para comprender el mecanismo íntimo que hacía del capitalismo un sistema históricamente condicionado, conforme su planteo original en los escritos juveniles previos a la escritura de su obra más medulosa y más conocida. Agregó también que los economistas de la burguesía intuyeron este límite insuperable del capital como un “enigma” que no pudieron resolver porque no entendieron nunca el “enigma” de las dos partes sustantivas del capital con relación a la producción de la ganancia, es decir, la diferencia cualitativa entre el capital constante y el variable.

Ya señalamos que al identificar la TDTG con la teoría del derrumbe se omite el hecho de que su fundamento es muy anterior en el desarrollo de la obra de Marx; un fundamento que debe buscarse en su concepto original de la historia y la evolución de la sociedad humana. Hay que agregar ahora algo más, porque cuando Colletti se detiene en la TDTG y reconoce en ella lo esencial de una teoría del colapso del capital, añade que se trata de un enfoque “puramente económico”, de una explicación que corresponde a “un punto de vista burgués”. Algo que sugiere que desde un punto de vista “no burgués” o “no económico” la teoría del derrumbe no tendría fundamento o validez (algo que, en verdad, caracteriza a la indebida sugerencia).

Marx sobre Ricardo y los *Grundrisse*

Para fundamentar su idea sobre el carácter “económico” y “burgués” de la TDTG, Colletti recurre a una cita de *El Capital* que aquí reproducimos.

Lo que a Ricardo le inquieta —dice Marx—, es observar que la tasa de ganancia, el acicate de la producción capitalista, condición y motor de la acumulación, corre peligro por el desarrollo mismo de la producción (...) Hay algo más en el fondo de esto, generalmente, algo más profundo, que Ricardo no hace más que intuir. Se revela aquí de un modo puramente económico, es decir, desde el punto de vista burgués, dentro de los horizontes de la inteligencia capitalista, desde el punto de vista de la producción capitalista misma, su límite, su relatividad, el hecho de que este tipo de producción no es un régimen absoluto, sino un régimen puramente histórico, un sistema de producción que corresponde a una cierta época limitada de desarrollo de las condiciones materiales de la producción.

Sin la pretensión de una exégesis hermenéutica, nos parece evidente que Colletti fuerza la interpretación de las palabras de Marx en un sentido que no es correcto. Marx no dice que su comprensión relativa a la TDTG sea “puramente económica”, “desde el punto de vista burgués”; adjudica tal cosa a la “inquietud” de Ricardo y, en definitiva, a su incapacidad de resolver el “enigma” que le preocupa por no entender la ya indicada diferencia entre capital constante y variable. Una diferencia que, por supuesto, no podía entenderse en los términos de la comprensión del asunto por parte de Ricardo y los economistas de la burguesía.

Esto queda absolutamente clarificado en un párrafo de los *Grundrisse* cuando Marx plantea que la TDTG debe considerarse “desde el punto de vista histórico” como la “ley más importante” que plantea la dinámica de la acumulación del capital. Y especifica:

... pone de manifiesto que (...) el desarrollo de las fuerzas productivas, motivado por el capital mismo en su desarrollo histórico [otra vez, “histórico”], una vez llegado a cierto punto, anula la autovaloración del capital en lugar de ponerla... El desenvolvimiento de las fuerzas productivas se vuelve un obstáculo para el capital; por tanto la relación de capital se torna en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo.

En este planteo de los *Grundrisse* (que Marx retomará de un modo integral en el III tomo de *El Capital*) se reproduce de un modo general y tal cual lo anticipáramos en estas líneas el eje sobre el cual se estructura toda la investigación de Marx en lo referido a la contradictoria relación entre las fuerzas productivas y las correspondientes relaciones de producción. “En agudas contradicciones, crisis, convulsiones —se dice en los *Grundrisse*—, se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad a sus relaciones de producción hasta hoy vigentes. La violenta aniquilación del capital, no por circunstancias ajenas al mismo, sino como condición de su autoconservación, es la forma más contundente en que se le da el consejo de que se vaya y deje lugar a un estadio superior de producción social” (Marx, 1977). El párrafo es reproducido por Roman Rosdolsky en su enorme estudio *Génesis y estructura de El capital de Marx*. El propio Rosdolsky sentencia a continuación que “con este pronóstico de derrumbe, concluye la tercera sección de los *Grundrisse*”. Y además considera necesario precisar lo siguiente en un nota de pie de página: “la afirmación de que Marx no habría instaurado una teoría del derrumbe debe remontarse ciertamente, ante todo, a la interpretación revisionista (por lo cual nunca apreciaremos los suficientes los méritos teóricos de Rosa Luxemburgo y de Henryk Grossmann)” (Rosdolsky, 1978).

En síntesis

La teoría del derrumbe del capital no debe ser asociada a su unilateral consagración con la emergencia de la revolución social victoriosa (se manifiesta también en la eventual descomposición y regresión civilizatoria del orden social históricamente agotado). Tampoco queda planteada con el remate del análisis de *El Capital* en su tercer tomo, referido a la TDTG, porque el planteo del carácter histórico del capitalismo y de su condena a una suerte de ciclo vital pertenece al principio mismo de la investigación marxiana, a su “hilo conductor”. Debe desecharse asimismo el confinamiento de esa TDTG al abordaje “puramente económico” o “burgués” que Marx habría admitido como propio de su planteo.

La teoría del derrumbe en la versión Colletti se presenta, en definitiva, absolutamente desdibujada y ajena a la esencia de los fundamentos con la cual Marx la desarrolló. Es solo a partir de esta versión “sui generis” del colapso capitalista que puede afirmarse el equívoco de que la teoría de la revolución social puede formularse con independencia de su admisión o su rechazo y que por lo tanto los revolucionarios marxistas puedan igualmente admitir o rechazar la teoría del derrumbe. Y, además, hasta tener razón en ambos casos, puesto que “la convicción que nos hemos formado a propósito de esto es que en la obra de Marx hay una teoría del derrumbe pero que allí, por otra parte, también hay razones para refutar, en principio, la validez de cualquier teoría de este especie” (Colletti, 1978). En este punto hay que decir que solo es posible afirmar semejante cosa si no se entiende el significado de la teoría del derrumbe en el marxismo. O a modo de aforismo, con el derrumbe de la propia teoría del derrumbe.

Automatismo y (anti) dialéctica

Lo que sucede es que Colletti ha convertido la teoría de marras en... lo que no es, de tal modo que la teoría del colapso consistiría “en (plantear) un derrumbe económico más o menos (sic) automático (sic) del capitalismo” como afirma al concluir su introducción a la antología sobre el tema. Una sentencia que inmediatamente acompaña con la evidencia incuestionable de que los bolcheviques rechazaban esa tesis. Es que una cosa es lo que plantea Marx sobre el colapso y otra la variante de Colletti sobre su carácter “económico” y/ o “automático”, dos atributos que considera íntimamente asociados.

El colapso no es “económico” en el sentido limitante que le adjudica Colletti al término, al asociarlo a un puro efecto acumulativo o “cuantitativo” de la baja tendencial de la tasa de ganancia, hasta un punto en que la máquina del metabolismo productivo dejará de funcionar como resultado de una dinámica de tipo mecánico. En un cierto (otro) sentido se podría hablar (de hecho, se lo hace) de derrumbe “económico” pero como denominación poco rigurosa de un fenómeno que va más allá de lo... “económico”, porque expresa la disolución de la relación social de producción, resultado de su estadio terminal con relación a fuerzas productivas que no puede contener y que se encuentran en contradicción con el orden vigente. No sería la primera vez que se fuerza el significado de una palabra. Con ese colapso “económico”, según el conocido (y aquí citado) párrafo del “Prefacio” de Marx, queda abierto el momento histórico de la revolución social. Algo que no sería posible si no estuviera planteado el derrumbe o el colapso de la sociedad agotada y la posibilidad de su superación por un nuevo orden social. Una transición en la cual el automatismo está fuera de lugar, porque su destino dependerá de la emergencia de una lucha de clases determinada. Una lucha que, como es obvio, carece de resultados que en modo alguno son “automáticos” y/o preestablecidos. Ya

hemos puntualizado que el derrumbe del capital no puede identificarse linealmente con su superación en un nuevo orden social, pudiendo inclusive derivar en lo opuesto, en una regresión o descomposición de la sociedad que no encuentra en su seno los recursos para una salida progresiva del colapso al que ha conducido la ley de su propio desarrollo.

La idea de que lo que podemos llamar el resultado “abierto” de una transición histórica (o alternativo en términos de sus resultados considerados en términos polarizados) se opone a la teoría del colapso de Marx solo es admisible si previamente tal teoría es convertida en sinónimo de “derrumbe económico y automático” con lo cual se concluye en algo que se introdujo de entrada en la premisa del (falso) razonamiento. Es un planteo unilateral: solo podría hablarse de un “derrumbe” en el caso de un colapso “económico y automático” que da paso al socialismo. Si no, no hay derrumbe. Esta forzada (falsa) oposición puede ser ilustrada con el título de otro libro, dedicado al problema que aquí nos ocupa y que también es una antología de textos publicado en la meritoria colección de “Pasado y Presente” que supiera organizar en su momento José Aricó. El título era, en la forma de una interrogante, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* (Pannekoek y otros, 1978) y tiene la virtud de resumir casi de manera perfecta la incorrecta formulación de la cuestión en términos de antagonismo sumario. El dato es significativo porque Aricó contribuyó mucho a difundir el planteo equivocado de Colletti sobre el colapso capitalista. Algo que tiene actualidad porque aparece muy explícitamente en un capítulo de su libro póstumo, publicado poco tiempo atrás, bajo el título de *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo* (Aricó, 2011). Una obra que por otros motivos es muy interesante y sugestiva. Si de ser sumario se trata la variante acertada de un título para ilustrar los debates sobre el colapso debería ser: “Derrumbe y Sujeto Revolucionario” y si se pretende una aclaración a modo de “subtítulo”, habría que pensar en una expresión del tipo: “la asociación inevitable”, “el vínculo imprescindible”, “la relación necesaria”... etc.

La antología de “Pasado y Presente” a la que aludimos incluye textos del debate que en la década de los años 30 del siglo pasado protagonizaron Anton Pannekoek y Henryk Grossman. Frente a la disyuntiva que plantea el título del libro bajo la forma de un interrogante, la respuesta de Pannekoek sería... “sujeto revolucionario”, mientras que la elección de Grossman sería la del “derrumbe” (sesgado a su calificación como “económico o automático”). En el mismo libro, sin embargo, se incluyen dos textos de Paul Mattick que revisten un interés particular porque contribuyen a deshacer esa falsa oposición entre colapso y sujeto revolucionario. Lo prueba la siguiente cita, que aquí reproducimos:

Grossman no afirma, como dice su crítico, que el capitalismo se derrumbará por motivos puramente económicos, que el derrumbe se debe llevar a cabo independientemente de la intervención humana... Ni siquiera para Grossman el derrumbe es un proceso automático, sino el acto revolucionario del proletariado. Ni siquiera para Grossmann existen problemas puramente económicos. Esto no le impide por razones metodológicas, en su análisis de la ley de la acumulación, a la definición de supuestos meramente económicos, ni llegar así a captar teóricamente un punto-límite objetivo del sistema. El reconocimiento teórico de que el sistema capitalista, por sus contradicciones internas, debe necesariamente ir hacia el derrumbe no induce en absoluto a considerar que el derrumbe real sea un proceso automático independiente de los hombres. Sin hombres no habría economía, la cual no puede ser abstraída de aquellos. Antes de que el punto límite logrado teóricamente en base a un conjunto de abstracciones encuentre su paralelo en la realidad, los obreros ya habrán realizado su

revolución. Por lo que si Grossman afirma que el derrumbe es inevitable, prácticamente esto significa tan sólo que la revolución es inevitable. Él no sostiene un punto de vista puramente económico sino dialéctico, para el cual toda abstracción es tan sólo un medio para el reconocimiento de la realidad.

Más aún:

... no es la economía la que determina las relaciones de clases dadas, sino que son las relaciones de producción capitalista –en cuanto relaciones de clases– las que bajo las condiciones de la economía de mercado adoptan la forma fetichista de relaciones económicas, cualquier consideración “puramente económica” del capitalismo y de sus leyes de movimiento constituye una imposibilidad desde el punto de vista del marxismo (Pannekoek y otros, 1978).

El escrito de Mattick es de 1932, de modo que su formulación concluyente tiene ya más de ocho décadas.

La ley del valor: cuánto

Podemos ahora avanzar sobre la cuestión que nos ocupa interrogándonos sobre el por qué del planteamiento ambiguo e inconsistente de Colletti sobre el colapso del capital. El del derrumbe del capitalismo es un tema que no solo tiene un registro propio en casi un siglo y medio de discusión al respecto y en circunstancias muy cambiantes del capitalismo moderno y sus crisis; tiene además una gran actualidad con relación a la crisis mundial que recorre el mundo entero desde finales de los años noventa. Por eso mismo parece oportuno reconsiderar el intento de Colletti de proceder a una suerte de evaluación de conjunto de la historia del debate sobre el colapso, en función de su tentativa de formular una suerte de punto final sobre el mismo. Puede agregarse, además, que la tentativa de arribar a una suerte de estadio “concluyente” sobre el debate del derrumbe acaba de ser retomada con la mucho más reciente publicación del libro de José Aricó (2012) en el cual se asumen casi integralmente los planteos del análisis de Colletti.

Volvamos entonces sobre nuestro objeto de controversia para indagar un nuevo aspecto del problema. Nos referimos al hecho de que Colletti pretende justificar el carácter indeterminado o incoherente de la supuesta visión “dual” de Marx sobre el derrumbe (a favor y en contra al mismo tiempo) en una indeterminación o supuesta “dualidad” que sería propia de la llamada ley del valor y de la cual derivaría la naturaleza ambigua del tratamiento del colapso. De este modo la cuestión del colapso replantearía una suerte de incoherencia de base en el análisis de Marx sobre lo que constituye algo así como la ley de la gravedad de la economía política, puesto que la mentada ley del valor remite al fundamento mismo de la regulación del trabajo social en nuestro tiempo. Es, además, el valor, su contenido y significado, por donde Marx inicia precisamente su crítica de la economía política. Y es mediante esa crítica, como tuviéramos oportunidad de mencionar en un ítem anterior de este mismo texto, que Marx establece la distinción de los elementos distintivos del valor: el capital constante, el capital variable y la plusvalía, cuya naturaleza y función esencial habían escapado a los economistas precedentes y que son los elementos imprescindibles para entender, como ya lo indicamos, la “sencillez” de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Algo que quedaría cuestionado si la ley del valor de Marx adoleciera, como dice Colletti, de una inconsistencia difícil de superar. Esa inconsistencia consistiría en que la ley del valor de Marx se expresaría en

dos dimensiones íntimamente irreconciliables. Dos dimensiones cuya naturaleza, por lo tanto, importa precisar para precisar los que sería su esencial incompatibilidad.

La primera dimensión de la ley del valor remite a lo “cuantitativo” al establecer que las mercancías tienden a intercambiarse en una proporción que se vincula con el tiempo socialmente necesario para su producción, algo que está en la base del “precio” con el cual circulan en el mercado y que puede cuantificarse en horas de trabajo. El valor o precio de producción de la mercancía (la distinción entre valor y precio no importa para el problema que acá tratamos) se manifestará en el mercado por encima o por debajo de su magnitud original, que se configura en el proceso de producción. Una oscilación que estará determinada por la oferta y la demanda respectiva y tendrá como resultado la regulación de la división del trabajo social. Esto porque las mercancías cuya demanda determine una suba de los precios más allá de los valores de su producción pondrán en evidencia que la cantidad de trabajo asignada en la sociedad a esa producción debe ser incrementada. En un sentido opuesto, las mercancías cuya oferta no encuentre una demanda suficiente, al bajar sus precios, evidenciarán que la cantidad de trabajo asignado a su producción debe ser reducida. Naturalmente hablamos de una oferta y una demanda de la “sociedad” en los límites que para una y otra establecen las relaciones de producción basadas en la explotación del trabajo asalariado.

En las condiciones señaladas, la ley del valor es por lo tanto una ley que a través del intercambio de las cosas expresa la tendencia a un equilibrio en el metabolismo productivo aún cuando nadie ni nada se ocupe de la regulación del trabajo social, un requisito imprescindible para la reproducción de una sociedad en la cual la mercancía es la célula del tejido económico. El economista marxista norteamericano Paul Sweezy, como lo recuerda Colletti, al analizar esta dimensión de la ley del valor, la llamó una ley del “equilibrio general”, una definición que puede admitirse si corresponde a lo que se señaló en este mismo párrafo (aunque no en otras implicancias que Sweezy dio a su interpretación y que no es necesario considerar en este caso).

La ley del valor: cómo

La segunda dimensión de la ley del valor es la que corresponde a su costado “cualitativo”, aquel que ignoraron los prohombres de la economía política. Es que Smith y Ricardo consideraban a la producción de mercancías como una forma universal y definitiva de la forma de vincularse de los hombres para asegurar su vida y la continuidad de su especie. Si para los clásicos la mercancía era la forma natural que tomaba el producto del trabajo en la plenitud del desarrollo del hombre, para Marx, en cambio, la mercancía era una forma nada natural del producto del trabajo humano, histórica, contradictoria y destinada a ser superada en una sociedad donde fuera abolida la explotación del trabajo y la anarquía de la producción (mercado).

En consecuencia, a) que los productos del trabajo humano tomen la forma de mercancía; b) que los hombres se vinculen entre sí no de un modo directo sino indirectamente por medio del “valor” de las cosas producidas; c) que, por lo tanto, todo el metabolismo productivo sea ajeno a la disposición de los hombres, regulado por una “ley” que surgía con independencia de su voluntad; y, finalmente, d) que por lo tanto con el universo de las mercancías, o sea del mercado, el hombre apareciera gobernado por las cosas en lugar de gobernarlas; todo esto no se le presentó a Marx como un hecho natural, universal, definitivo, correspondiente a la naturaleza del propio hombre. Al revés la mercancía es para Marx una “forma social” del producto del trabajo, lo que quiere decir

que solo bajo cierta “forma” que toman las relaciones sociales que corresponden a la producción de los hombres; solo en tal contexto, cuando los productores privados actúan separados unos de otros, el producto del trabajo humano se transforma en mercancía, es decir se presenta como “valor”. Este valor no se encuentra en la materialidad del producto: emerge de las condiciones sociales de su producción y desaparecerá con ellas; en una sociedad que planifique su producción no habrá valores (o precios) del mismo modo que hoy en la planificación de una gran corporación capitalista, los productos de sus diversos departamentos circulan sin ser negociados como mercancías, como valores, como cosas que tienen valor o precio.

El punto de partida de *El Capital* consiste en poner en claro esta cuestión, en que debe comprenderse que el valor es la expresión de una relación social; no una cosa. Algo indispensable para comprender que tampoco el capital es una cosa. (Dice Marx: “Un negro es un negro; solo en determinadas condiciones se convierte en un esclavo. Una máquina es una máquina, solo en ciertas condiciones sociales se convierte en capital”). Lucio Colletti acierta al referirse a la denominada dimensión cualitativa de la ley del valor, cuando apunta que ésta es también una teoría del fetichismo de las mercancías, título de un extraordinario apartado del primer capítulo de *El Capital*. Si el capital es una “cosa”, es que se ha transformado en un “fetiche” porque se presenta como un medio de producción indispensable para asegurar la vida del hombre; y no como la “forma social” de ese mismo medio de producción que, siendo propiedad privada de un sujeto, permite pagar la fuerza de trabajo de otro sujeto carente de todo medio de producir. “Forma social” es la que deriva de determinado tipo de relación de producción antagónica como el que acabamos de señalar entre propietarios y desposeídos de los medios de producción.

La teoría del fetichismo del capital y la mercancía, como dice Colletti, pone al desnudo la realidad “trastornada” y trastocada que domina en el capitalismo, donde todo se presenta “cabeza abajo”, invertido, alienado: el trabajo obligado por un salario dominado por los que no trabajan (representan el trabajo muerto —ya realizado en el pasado— y obtienen ingreso no por trabajar sino como propietarios de los medios de producción). Con el fetichismo de la mercancía Marx funda todo su análisis crítico de la economía política y muestra la realidad histórica condicionada del valor, de la mercancía, del capital (hemos consagrado a este tema un texto especial: ver Rieznik, 2013). La dimensión “cualitativa” de la ley del valor pone de relieve la naturaleza social históricamente limitada de la sociedad mercantil y capitalista; su carácter “antinatural” destinado a ser superado en una sociedad donde los hombres dominen el metabolismo productivo en lugar de ser dominados por él (mercado, valores, mercancía)

La extinción de la ley del valor

Este extenso “rodeo” que acabamos de hacer en torno al significado de la ley del valor fue necesario para examinar lo que Colletti encuentra como incompatible e inconsistente en la formulación marxiana. Esto porque las dos dimensiones de la ley del valor serían irreconciliables en la medida en que una de ellas fija las condiciones del “equilibrio” y el “principio regulador” del funcionamiento del capitalismo y la otra aparentemente lo contrario, sus contradicciones insuperables, su destino al colapso. Como dos caras de Jano, la ley del valor bifronte, según Colletti, “es tanto el principio que explica la existencia del sistema como el que la niega”, lo que encuentra, sino como una “antinomía”, como una “dificultad” casi imposible de resolver, cuya naturaleza problemática jaqueó

al mismo Marx puesto a resolver lo irresoluble: la ley del valor es o bien el principio que regula el equilibrio del sistema o bien el principio que expresa su contradicción fundamental. De este modo Colletti se introduce “*motu proprio*” en el callejón sin salida de un mecanicismo inaceptable del tipo “o bien... o bien”: “o bien... el capitalismo funciona”; “o bien... no funciona”, “o bien dispone de una norma regulatoria que evita su colapso”, “o bien se derrumba sin equilibrio alguno como resultado de sus contradicciones insuperables”.

Como el impasse de Colletti es una especie de trampa que nuestro autor parece tenderse a sí mismo, la resolución del mismo es muy simple: el capitalismo funciona, se mueve, “regulado” por una ley propia (ley del valor) y es la naturaleza (histórica) de ese mismo principio regulador, de esa misma ley, lo que explica su mortal limitación (histórica), su destino a la sepultura. No sabemos por qué no puede admitirse algo tan sencillo como que las leyes de la vida de las cosas —e inclusive de las cosas que no tienen vida— conducen a su propio fin o eventual desaparición, es decir, al agotamiento de las condiciones que hicieron posible su emergencia y su existencia. La ley del valor no crea al capitalismo como una suerte de “*deus ex machina*”, ella misma es una expresión del carácter históricamente condicionado del modo de producción que potencia y cuya decadencia expresa como un atributo que no puede desprenderse; no es eterna ni universal.

No tenemos la menor intención de disolver el problema que analizamos en una generalidad pero la metáfora a la cual apelamos no deja de ser pertinente para destacar una aproximación que no sea dilemática (“o bien” ... “o bien”). Se puede concretar este análisis a partir de una analogía tan sencilla como la de la foto y la película. Una analogía que aplicada a la ley del valor explica cómo, en un corte “estático”, se verifica el principio regulador del intercambio mercantil al tiempo que, en un abordaje “dinámico”, se pone de relieve que el funcionamiento de esa misma ley va minando las condiciones de ese mismo funcionamiento como resultado de las características contradictorias de la acumulación y la competencia capitalista. Se podría decir que la afirmación de la ley del valor en su desarrollo real conduce a su negación y crea la posibilidad de su superación, lo que significa que la producción del hombre sea regida por la determinación colectiva de los productores.

La forma, por así decir, “hegeliana” de la explicación no va en absoluto en detrimento de su carácter concreto, lo que significa que en modo alguno se trata de un ejercicio especulativo de la razón dialéctica. Es muy pero muy concreto: el desarrollo histórico del capital apoyado en la conversión sin igual del trabajo (explotado) en una potencia productiva absolutamente sin igual en cualquier época precedente de la existencia de nuestra especie; ese mismo desarrollo histórico de la fuerza productiva del trabajo conduce al progresivo desplazamiento del trabajo como base de una producción crecientemente automatizada y, en consecuencia, a un escenario en el cual la creación de valor tiende a desaparecer. La creación de valor tiende a desaparecer en la misma medida en que disminuye la participación del trabajo, vivo, directo, inmediato en el proceso productivo y... aumenta la riqueza social. El valor es apenas una relación social, la riqueza una cosa material, que puede existir sin ser una mercancía, esto es, tener un valor o precio, existir en el mercado.

Algún tiempo atrás, en una polémica sobre la cuestión que aquí examinamos, pusimos de relieve que la irreversible tendencia al colapso no podía ceñirse a la interpretación de la TDTG porque su premisa insoslayable es una correcta comprensión de la ley del valor y del propio valor. Es en esta piedra fundacional de la “crítica de la economía

política”, donde reside el secreto del derrumbe del capital porque, en última instancia, no es sino una expresión de la tendencia al colapso del valor. La justificación histórica del valor, si así pudiera hablarse de él como una suerte de personaje, reside en la incorporación en masa de trabajo colectivo al proceso de la producción que acompaña la emergencia del capitalismo. Pero es ese mismo capitalismo el que desarrollando la productividad del trabajo reduce el tiempo necesario para la creación de riqueza. Más aún, tiende a sustituir ese mismo trabajo por máquinas, procesos mecánicos y aún robots. No se trata apenas de que la proporción de capital variable disminuya con relación a la totalidad de capital aplicado y, por eso, decrezca el capital productor de plusvalía mientras que aumenta el capital constante que no la produce. No se trata, en consecuencia, apenas de la TDTG que deriva de lo anterior. Se trata, sí, de un proceso que, llegado a cierto punto lleva a que la producción de nuevo valor tienda a disminuir en cuanto aumenta la riqueza material. El vínculo inicial entre valor y riqueza en la sociedad mercantil capitalista queda invertido. La tendencia a desaparecer del valor y, naturalmente la “ley” respectiva, expresa el agotamiento histórico de ambos, la declinación definitiva de una relación de producción (propiedad privada de los medios de producción), estadio terminal de un orden social y la necesidad de su transformación en una nueva relación (de productores colectivamente asociados).

En definitiva, la paradoja esencial del capital consiste en lo siguiente: cuanto mayor es la capacidad del trabajo humano acumulado (bajo la forma de medios de producción) de producir riqueza, menor es la producción de nuevo valor, cuya confiscación es la razón de ser del capital (producción que termina por ser nula en caso de ausencia de trabajo totalmente remplazado por máquinas). El valor solo puede crearse como resultado del trabajo vivo involucrado en la producción. Pero el desarrollo de la productividad del trabajo lo torna crecientemente superfluo y sustituible por procesos automáticos. En el capitalismo, cuanto mayor es la productividad del trabajo, mayor es su capacidad de producir riqueza, pero menor es el valor unitario de los productos, al mismo tiempo que disminuye la cantidad de trabajo vivo incorporado a los mismos hasta desaparecer, como acabamos de señalar, en el caso de una producción automática.

Final

El vínculo entre trabajo, producción de riqueza y valor es histórico y contradictorio. La contradicción alcanza un nivel terminal e insuperable cuando el propio trabajo inmediato en la producción es crecientemente innecesario y cesa de servir a la valorización del capital, que ha desarrollado las fuerzas productivas a un punto en que chocan con relaciones de producción que deben ser superadas. El trabajo inmediato del hombre en la producción estuvo siempre colocado como fundamento de la creación de riqueza; hasta el momento en que, en una potencia muy elevada de su desarrollo histórico, se niega a sí mismo, se desplaza y retira del proceso productivo directo. Esto en la misma medida en que logra ser sustituido por el “monstruo mecánico”, como decía Marx. Los procesos automáticos conducirán entonces al hombre del reino de la necesidad al reino de la libertad, un reino en el cual el trabajo no producirá valor porque el trabajo se transformará en una actividad vital consciente del metabolismo productivo hipertecnificado y cambiará completamente de carácter. Algo imposible de comprender si no se comprende que, a diferencia de la riqueza, el valor no es algo tangible, no es una “cosa”, sino la expresión de una relación social mediante la cual los productores de mercancías se vinculan entre sí a través de sus productos que intercambian según el tiempo socialmente necesario para producirlos. El valor está obligado a desaparecer, la riqueza a trascender

más allá de la desaparición del trabajo aplicado inmediatamente a la producción.

La decadencia o tendencia decreciente de la tasa de ganancia es una manifestación inseparable de la decadencia de la ley del valor como principio regulador del movimiento capitalista. “A partir del momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, dejó de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser la medida de valor de uso. El sobretrabajo de las grandes masas dejó de ser la condición de desarrollo de la riqueza general, tanto como el no trabajo de algunos dejó de ser la condición de desarrollo de las fuerzas generales del cerebro humano”. ¡Qué maravilla el viejo Marx! Esta cita extraordinaria de los *Grundrisse* (tantas veces citado) remata nuestra crítica a las tentativas de conciliar al marxismo —y al propio Marx— con un planteo contrario a la teoría del derrumbe capitalista. Imposible.

Notas

¹ Salvo cuando se indica lo contrario, las citas textuales corresponden a la introducción de Lucio Colletti en esta compilación.

Referencias

Aricó, José (2012) *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo: curso de El Colegio de México*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Colletti, Lucio (1978) *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*. México: Siglo XXI.

Marx, Karl (1977) *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Barcelona: Crítica.

Marx, Karl (1997) [1859] *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Marx, Karl (1999) [1867] *El capital. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica, vol. 1.

Pannekoek, Anton, Karl Korsch y Paul Mattick (1978) *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* México: Siglo XXI.

Rieznik, Pablo (2013) "Alienación y fetiche de ayer a hoy. Reivindicando a Isaak Rubin" en *El fetichismo de la mercancía*, Buenos Aires: Topía.

Rosdolsky, Roman (1978) *Génesis y estructura de El Capital de Marx*. México: Siglo XXI.